

PRESENTACIÓN

El presente libro es el resultado principal del proyecto de investigación El exilio español de 1939 en México y el debate en torno a la modernidad iberoamericana. Antecedentes, planteamientos y realizaciones prácticas, en el que a lo largo de un año, entre 2011 y 2012, participaron cinco investigadores de El Colegio de México y otros cinco del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CCHS-CSIC), ubicado en Madrid. Por parte de El Colegio de México lo hicieron Aurelia Valero (Centro de Estudios Históricos, CEH), Guillermo Zermeño (CEH), Andrés Lira (CEH), Anthony Stanton (Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios) y Francisco Gil Villegas (Centro de Estudios Internacionales). Por parte del CCHS-CSIC lo hicieron Ana Romero de Pablos (Instituto de Filosofía, IFS), Reyes Mate (IFS), Antolín Sánchez Cuervo (IFS), Leoncio López-Ocón (Instituto de Historia) y Fermín del Pino Díaz (Instituto de Lengua, Literatura y Antropología)

Dicho proyecto fue posible gracias a la firma de un convenio de colaboración entre ambas instituciones y una de sus exigencias fue la interdisciplinariedad, precisamente uno de los rasgos más distintivos del libro en cuestión. A lo largo de sus páginas se entrecruzan miradas procedentes de la historiografía, la historia literaria, la ciencia, la antropología y la filosofía, las cuales se fueron contrastando durante dos seminarios celebrados en El Colegio de México en octubre de 2011 y en el CCHS-CSIC en marzo de 2012. ¿Qué pueden aportar?

No cabe duda de que el exilio español republicano de 1939 se ha convertido en un tema de referencia en numerosos ámbitos y disciplinas, y que posee una gran actualidad. Cada vez son más los estudiosos del tema, entre los que ya se pueden distinguir varias generaciones. Algunos ya están de regreso habiendo dejado obras importantes y otros apenas empiezan o están de camino, pero los resultados son cada vez más cuantiosos y la bibliografía disponible cada vez más ingente. Ya se trate de ediciones críticas de libros o de materiales inéditos, de aproximaciones panorámicas o de estudios mo-

nográficos, de volúmenes colectivos o de ensayos, el exilio en cuestión tiene una notoria actualidad. Justo ahora acaba de cumplirse el 75 aniversario, el cual no ha hecho sino estimular el interés y acentuar el magnetismo de este capítulo imprescindible de la historia de los exilios del siglo xx.

En México, esa actualidad es ya añeja y tiene una larga historia, por razones obvias. En España, la historia ha sido muy diferente y mucho más atormentada, por razones igual de obvias. En el caso del país receptor, desde el primer momento dicho exilio tuvo una presencia significativa en muchos ámbitos de la cultura, realizando además importantes contribuciones a la misma. En el caso del país de origen, no hubo presencia sino una larguísima ausencia cuyas consecuencias aún pueden apreciarse al día de hoy. Las miradas sobre este exilio no pueden ser por tanto las mismas en una orilla y en la otra. Las perspectivas y los prejuicios desde los que se despliegan, sus maneras de visualizar, escrutar y comprenderlo, e incluso los afectos que las acompañan, no pueden ser iguales y hasta pueden llegar a contraponerse en muchos sentidos y aspectos. Y sin embargo, tampoco pueden dejar de ser cómplices entre sí ni de encontrarse en medio de una compleja historia común, que ambas miradas quieren recorrer y entender, aprender de ella y trasmitirla.

Una historia de la memoria y la historiografía del exilio republicano español del 39 en México, tal y como éstas se han desenvuelto en una y otra orilla sería sin duda muy esclarecedora y está aún por hacerse. Obviamente, éste no es el lugar ni el momento para detenerse en esta cuestión, pero ha venido a cuento a propósito del perfil mexicano-español del presente libro. En él se recogen aportaciones de una y otra procedencia, con el ánimo de suscitar un cruce fecundo de miradas. Precisamente el exilio como mediación es el principal hilo conductor de este libro. Mediación entre dos mundos, aparentemente simple, que a medida que se ramifica y complica nos va descubriendo un laberinto complejo, lleno de sincronías y complicidades, pero también de contradicciones y adversidades, por el que circulan multitud de actores tanto individuales como colectivos e institucionales, abriendo espacios y registros muy diversos, y llevando consigo, cada uno de ellos, una particular historia que se entrecruza con las demás. Un concepto de reciente cuño como el de *histoire croisée* podría venir muy a cuento.

Todo ello convierte este laberinto en una especie de universo de la mediación, nunca caprichoso ni autocomplaciente, sino urgido por una experiencia de barbarie y por la necesidad de ofrecer respuestas a la crisis de una modernidad cuyos cimientos, contenidos y expectativas se han puesto

gravemente en cuestión durante el periodo de entreguerras. Mediación, por tanto, en la legibilidad de una racionalidad cuya luz se había ido apagado hasta llegar a la más completa oscuridad, como habían constatado ya, y en algunos casos seguían haciendo, muchos de sus críticos, desde Nietzsche y Weber hasta Adorno y Arendt pasando por Heidegger y Sartre, entre otros. Esta situación inédita, que no era una mera circunstancia sino mucho más que eso, obligará a pensar el mundo de otra manera y a buscar nuevos caminos para entender lo que ha quedado del hombre moderno y de sus proyectos emancipadores, para replantear las posibilidades del humanismo, en caso de que aún tuviera razones de ser. En definitiva, se trataba de penetrar en la oscuridad en busca de una chispa que pudiera encender alguna luz.

Este replanteamiento no fue, ni mucho menos, asunto exclusivo de filósofos, sino que dio sentido a un amplio conjunto de disciplinas y saberes, con sus respectivas realizaciones prácticas, a menudo de carácter interdisciplinar. Buscar esa chispa implicaba también pensar de nuevo la ciencia o la historia, resignificar el pasado, explorar nuevas formas de expresión y renovar viejos proyectos institucionales; o crear otros nuevos que permitieran transmitir, divulgar y canalizar este saber renovado y renovador, haciendo valer para ello el espacio académico y docente.

Ligeros de equipaje pero con estas inquietudes a cuestas, muchos intelectuales del exilio encontraron en México medios, cauces y recursos para expresarlas y compartirlas, para desarrollarlas y reflexionar sobre ellas, adaptándolas a un escenario nuevo que de una manera u otra habría de alterarlas. Un buen número de los autores que se dan cita en las páginas de este libro habían sido activos partícipes de la cultura reformista y modernizadora que se había ido abriendo paso en su país de origen, aun a pesar de tantos obstáculos, durante las décadas anteriores. Ya fuera en la estela generacional del 14 o del 27, ya fuera bajo la referencia del institucionismo con todas sus ramificaciones, o de las llamadas escuelas de Madrid y Barcelona, y siempre ligados por una lealtad insobornable a la legalidad republicana, muchos intelectuales del exilio llegaron a México con una interpretación de la modernidad en la cabeza, pero también con la guerra en el cuerpo. Es decir, se había formado en una lectura del mundo, la razón y el hombre modernos, y especialmente de sus expresiones hispánicas, que la experiencia de la guerra—vivida no solamente como un episodio nacional, castizo o cainita, sino también como el comienzo de la mayor destrucción que Europa ha perpetrado jamás sobre sí misma—obligaba ahora a rehacer desde sus mismas bases. Eso es precisamente lo que acometerán en el exilio y lo que el presen-

te volumen quiere exponer a través de algunos episodios, itinerarios, panorámicas y debates concretos, procurando evitar en todo momento posibles idealizaciones o ingenuidades. Señalemos, por cierto, algunas de ellas.

El exilio intelectual que ahora nos ocupa no fue sencillamente la aventura de un colectivo heroico (aun cuando a no pocos de sus integrantes no les viniera nada grande este apelativo) que al llegar a México encontraron todo dispuesto para retomar sin más el pulso de sus tareas y contribuir magníficamente al desarrollo de la cultura en México. Se trató más bien de una tragedia colectiva en la que la supervivencia fue a menudo la primera preocupación, y en la que la inserción en la sociedad mexicana fue enormemente complicada por muy diversos motivos, a pesar de la excepcional y bien conocida política de asilo del gobierno de Cárdenas, cuyos antecedentes se remontaban a los mismos años de la guerra en España. Asimismo, la “influencia” que este exilio alcanzó en México, obviamente indudable, no se realizó mediante un proceso unidireccional sin más, sino que en todo momento se vio condicionada y alterada por las circunstancias de posibilidad de su propia recepción, tanto intelectuales como sociales, políticas, económicas, ideológicas y de todo tipo. Pocas experiencias como los exilios dejan al descubierto la debilidad de una metáfora tan recurrida como la gadameriana “fusión de horizontes”, la cual difícilmente podría dar cuenta de las dimensiones conflictivas de estas experiencias; en nuestro caso, de los múltiples pliegues, contrapuntos, incomunicaciones, equívocos, asimetrías y otras incidencias que la “influencia” en cuestión registró, al tiempo que se reinventaba a sí misma sobre el trasfondo, además, de las relaciones culturales hispano-mexicanas que ya se habían ido desarrollando en las décadas anteriores a la guerra.

Pero, aun teniendo en cuenta esta dificultad, hay que advertir también que esa “influencia” no puede equipararse a una especie de carrera de obstáculos. El exilio no fue, sin más, una línea de transmisión entre la ciencia europea y una supuesta periferia latinoamericana, aun cuando contribuyera sin duda a la divulgación de todo un elenco de autores, escuelas y tendencias intelectuales de la Europa contemporánea, ya fuera a través de la traducción o del magisterio. Y no fue así porque es precisamente el camino que media entre uno y otro punto, tan intrincado y difícil, a veces tan intransitable, como el de cualquier exilio de gran magnitud, lo que define los términos de la “influencia” en cuestión desde su mismo origen. Ese camino se fue labrando día a día, a veces con grandes dosis de incertidumbre y sin un rumbo fijo, precisamente porque lo que había que transmitir no eran tanto las certezas de una razón científica en quiebra por el efecto de su propia

violencia, como el compromiso angustioso de rescatarla de su ruina dándole un nuevo sentido crítico y reconduciendo sus posibilidades a la altura de tiempos oscuros; algo que, por lo demás, sólo podía cumplirse en interlocución e interacción permanentes con los receptores del exilio, ya fueran individuales o colectivos, simbólicos o institucionales. “Fusión”, por tanto, pero también “deconstrucción” de horizontes: con el exilio se crean nuevos lazos y se recrean los ya existentes, otros se rompen o están a punto de hacerlo, se desmitifican prejuicios y se construyen otros, o se yuxtaponen entre sí. En definitiva, se teje una trama narrativa compleja con identidades alteradas y sujetos en tránsito, cuyas voces unas veces se imponen y otras se ahogan. El exilio es el relato de un fracaso que quiere ser fecundo. No cabe duda de que, mejor o peor, en este caso sí lo fue, y de que esa fecundidad debió mucho a lo fértil y generosa de la tierra en que fue a caer.

De todo ello quiere hablar este libro, asumiendo la enormidad del universo que se despliega en torno a estas cuestiones. Puente, mediación, hermenéutica, traducción, modernidad y, por supuesto, exilio, son algunos de los términos clave que podrían identificar esta plural aproximación a la “influencia” del exilio intelectual español del 39 en un México que por entonces vivía momentos efervescentes en muchos sentidos. “Influencia” cuyos rasgos más generales hemos procurado perfilar en esta breve reflexión preliminar, entendiéndola por tanto en términos de una mediación entre saberes y experiencias, horizontes y disciplinas, necesidades e interpretaciones. Mediación *en y para* la legibilidad de una razón moderna en crisis, o, sencillamente, para su traducción actual, ya fuera en sentido literal si tenemos en cuenta la importante labor del exilio en este ámbito, ya fuera en sentido metafórico si nos fijamos más bien en los múltiples aspectos reflexivos de esa legibilidad.

Ese universo mediador, plasmado en este conjunto de aproximaciones desde la historia intelectual, se canalizó a través de numerosas iniciativas editoriales, como muestran muchos de los trabajos contenidos en este volumen. Ése fue el caso de revistas como *Filosofía y Letras* y *Diánoia*, de las que se ocupa Aurelia Valero Pie a propósito del protagonismo que desempeñó en ellas el filósofo Eduardo Nicol. “Puentes de papel: Eduardo Nicol en la revista *Filosofía y Letras*”, nos ofrece también una panorámica de otras revistas contemporáneas del exilio filosófico, además de un perfil, poco conocido, de los primeros años en México del filósofo catalán, marcados por las dificultades para ganarse un lugar dentro del panorama académico e intelectual que por entonces se estaba configurando. También fue el caso de la revista *Ciencia*, fundada por Ignacio y Cándido Bolívar, Francisco Giral y

otros científicos del exilio con el bagaje que traían de la Junta para Ampliación de Estudios, y que con el paso del tiempo se convertiría en una publicación de referencia en el ámbito iberoamericano, destacando, por ejemplo, la colaboración de la exiliada judía en México Marietta Blau. De todo ello da buena cuenta la aportación de Ana Romero de Pablos, “La revista *Ciencia*, un espacio de mediación para el exilio científico español”, sobre el trasfondo de la tabla periódica de los elementos como gran metáfora de la modernidad. Y fue también el caso de un proyecto de gran envergadura como la editorial *Atlante*, en la que se centra la contribución de Leoncio López-Ocón, “*Atlante en el exilio: actores y etapas de una editorial republicana hispano-americana*”. En ella se recorren las diversas etapas de esta editorial, desde su concepción como un soporte de la cultura republicana en el exilio y siguiendo su evolución hacia una mayor orientación mexicana, hasta derivar hacia el proyecto de la nueva editorial Grijalbo.

La traducción, entendida como un proceso reflexivo y premeditado, no fue nada ajeno a estos tres ejemplos, pero adquirió unas dimensiones hermenéuticas singularmente complejas en otros tantos ejemplos que también se abordan en este libro. En “*Martin Heidegger*, traducido por José Gaos, en *El arco y la lira* de Octavio Paz”, Anthony Stanton plantea lo que él mismo denomina un triángulo epistemológico entre Alemania, España y México, que al mismo tiempo es una exploración de los primeros momentos de la recepción del pensador alemán en México y una puesta en valor de la obra ensayística —y filosófica— de Paz. Por su parte, Andrés Lira rescata la personalidad intelectual y la importante obra de traducción de un autor del exilio escasamente conocido. “Vicente Herrero. Tiempo y lugares de un traductor” recorre sus itinerarios y sus trabajos en Santo Domingo primero, México después, siempre ligados al Fondo de Cultura Económica y a los proyectos editoriales de Daniel Cosío Villegas, a los que se dedicó en la década de los cuarenta, para ocuparse después de tareas diplomáticas. Asimismo, “Edición de crónicas de Indias y hermenéutica historiográfica como empresa vital: Edmundo O’Gorman y Ramón Iglesia”, aportación de Fermín del Pino-Díaz, se centra sobre todo en las ediciones del padre Acosta, a propósito de las cuales revisa el célebre debate entre historiadores que tuvo lugar en El Colegio de México en aquellos años cuarenta y plantea una reflexión sobre la relación entre la antropología y la historiografía.

Pero el exilio supuso no sólo una mediación entre espacios, sino también entre tiempos. La pluralidad e incluso contradicción que se despliega en la confluencia de historias y memorias diversas, está de hecho presente

de alguna manera en todas estas aportaciones. Pero lo está quizá con un especial énfasis en la contribución de Guillermo Zermeño, “Rafael Altamira o el final de una utopía modernista”, en que se abordan aspectos menos explorados de esta figura, por así decirlo, crepuscular del exilio, cuya última etapa en México puso en evidencia la tensión propia de un relevo generacional que recogía sus aportaciones de raíz decimonónica a la historiografía, a la vez que imprimía en ellas nuevos y decisivos giros conceptuales y metodológicos. Por su parte, Antolín Sánchez Cuervo, en “Epígonos de una modernidad exiliada: Gaos, Nicol, Xirau, Zambrano”, señala las reflexiones y los relatos que, con diferentes enfoques, estos autores construyeron acerca de las posibilidades críticas de un pensamiento en español bajo la experiencia del exilio y sobre el trasfondo de la ruina europea. Finalmente, el ensayo de Reyes Mate, “Del exilio a la diáspora. A propósito de Max Aub y María Zambrano”, con el que se cierra el presente libro, pone al descubierto lo que podría ser el reverso de estas mediaciones: el exilio como una experiencia de desarraigo radical, que no obstante puede ser el germen de una nueva concepción de la ciudadanía, liberada de las restricciones impuestas por el Estado-nación y capaz de asumir una universalidad sin exclusiones. La semántica de la diáspora, como se desenvuelve en un judío como Aub y en una exiliada emblemática como Zambrano, dan pie a estas reflexiones finales.

Con estos nueve trabajos, este libro quiere hacer una modesta aportación desde la historia intelectual a la más que amplia bibliografía ya existente sobre el exilio republicano español del 39 en México. Pero quiere ser, sobre todo, una invitación a transitar por un laberinto que, pese a tener ya muchos caminos trazados, puede sorprendernos en cada uno de sus rincones por su complejidad inagotable e inabarcable.

Finalmente, queremos agradecer al presidente de El Colegio de México, Javier Garcíadiego Dantán, y a su coordinador general académico, Jean-François Prud’homme, así como al entonces director del CCHS-CSIC, Eduardo Manzano Moreno, y entonces vicedirectora, Pura Fernández, el apoyo que en todo momento prestaron a este pequeño proyecto. Particularmente encomiable en muchos de sus momentos fue, por cierto, el apoyo de Aurelia Valero Pie en las tareas de coordinación. Damos también las gracias a la Dirección de Publicaciones de El Colegio de México y a los dictaminadores que han evaluado minuciosamente el manuscrito del libro que ahora presentamos.